

# ¿Para qué sirve un geógrafo?

Tres promociones de licenciados en Geografía han salido ya de la hasta hace poco Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona (ahora Facultad de Geografía e Historia junto con las de Ciencias Filosóficas y Ciencias Filológicas). Tres promociones de licenciados en Geografía cuya única salida profesional la constituyen la enseñanza a cualquiera de sus niveles o los trabajos en editoriales. Triste comienzo para una profesión cuyos estudios buena parte de los que los han realizado eligieron con la esperanza de poder trabajarla en el campo aplicado.

En Francia, Estados Unidos, República Democrática Alemana, Canadá, etcétera, por citar sólo unos cuantos Estados desarrollados, los geógrafos tienen una función profesional muy clara y la ejercen tanto en la industria como en la Administración estatal.

El geógrafo, en estos países, está considerado un experto en paisaje, concebido éste como el medio ambiente físico y humano en que se desarrollan los procesos biológicos y sociales.

Por este motivo, el geógrafo participa en —y muchas veces dirige y coordina— equipos de planificación territorial, de equipamiento del territorio, de redistribución espacial de la industria y de las poblaciones, de trazado de vías de comunicación, de asesoramiento en reformas urbanas y planes de urbanismo, etcétera.

Todo esto sin dejar de mencionar, además, la dirección de equipos de prospección de mercados, de investigación sociológica y tantas y tantas otras actividades relacionadas con cuestiones del espacio, del territorio y del poblamiento humano.

En España contamos con geógrafos —la mayoría de ellos historiadores que decantaron hacia la Geografía— que compaginan sus actividades docentes con esporádicos trabajos aplicados. Recientemente, uno de ellos colaboró con la OCDE en un estudio acerca de la contaminación del Mediterráneo. Algunos otros, partidarios de la Geografía Aplicada, también efectúan numerosos estudios de gran interés

social, pero de difícil puesta en práctica por su desvinculación con los responsables de la planificación. Existen, finalmente, ingenieros geógrafos, cuyo número total es reducido y cuyas actividades difieren de las propias del geógrafo.

Ante esta situación, los geógrafos «modernos» (especialistas en cuestiones espaciales con pretensiones de integrar su carrera en Facultades de Ciencias —lo cual sería más lógico que no la inclusión actual en Letras—) se encuentran en un callejón sin salida que les conduce a dedicarse profesionalmente a cualquier trabajo menos al que en teoría les debe corresponder por su formación universitaria. Todo ello si se exceptúan aquellos que se dedican a la enseñanza, de los cuales sólo una mínima parte se integra en el nivel universitario, mientras que la mayoría lo hacen en la Enseñanza General Básica, en competencia con maestros y profesores de Enseñanza General Básica.

Algunos catedráticos de Geografía han figurado en comisiones de los Planes de Desarrollo, pero su actuación parece haber sido más nominal que efectiva.

Tres promociones de geógrafos titulados han salido ya de la Universidad de Barcelona y camino va de salir la cuarta. Una meta a proponerse tanto los recién licenciados como los estudiantes está fijada en la constitución de un Colegio Profesional de Licenciados en Geografía. Un ejemplo a seguir es la lucha que llevaron a cabo los licenciados en Geología hace algunos años, hasta obtener el reconocimiento profesional como geólogos a través de la constitución de su Colegio Profesional; otro ejemplo lo constituyen los licenciados en Psicología/psicólogos, aunque en este caso el número de profesionales (bastante numeroso) pesó mucho.

En momentos en que la Geografía española podría convertirse, gracias a los licenciados, en una técnica al servicio de la sociedad, si ésta no abre sus puertas a aquéllos, me parece que las futuras promociones de geógrafos tendrán que dedicarse a ejercer de maestros o a redactar artículos para enciclopedias o «Geografías» de fascículo. ■ **PABLO MORATA.**

# La Capilla siXtina

## NOS DEMOCRATIZAN

*Irreversible. La cosa está hecha: nos van a democratizar. Y a ciencia cierta no sé si gritar ¡Eureka! o ¡Socorro! Cosa muy diferente sería si uno se democratizase a sí mismo, y por eso he telefoneado a un personaje democratizador muy importante.*

—Oiga. ¿Es ahí donde democratizan?

—Ciertamente.

—¿Usted es un agente democratizador?

—Para servirle.

—Mire, es que quería hacerles una consulta y no sé si he de hacerlo con una instancia y póliza o si basta con una llamada telefónica.

—Los tiempos han cambiado. Basta con el teléfono.

—¿Está intervenido?

—En fin... yo... no sé qué decirle... ejem, ejem.

—No, no, si me da igual, es sólo para hablar con mayor naturalidad.

—Hable, buen hombre.

—Pues yo quería preguntar si ante la democratización que se avecina, uno podrá democratizarse a sí mismo.

—No entiendo.

—Quiero decir que si me van a democratizar ustedes o me voy a democratizar yo mismo.

—Cuando a usted se le estropea un grifo, ¿verdad que llama a un fontanero?

—Qué profunda verdad es esa, caballero.

—Pues ahora lo más lógico es que usted recurra a un especialista.

—Por su boca habla la verdad, señor. ¿Usted es un especialista en democratizaciones?

—Por la Universidad de Harvard.

—¿Y por la de Navarra no?

—También, pero no es el momento oportuno para divulgarlo.

—¿Cómo notaré que me han democratizado?

—Recibirá la autorización correspondiente.

—¿Autorización para qué?

—Para salir a la calle y dar vivas.

—¿Qué ilusión! ¿A qué? ¿A quién?

—Tenemos un catálogo de personajes invocables, pero básicamente se resumen en tres: Girón, Silva Muñoz y Fraga Iribarne.

—¿Qué lástima!

—¿No le son suficientes?

—Es que yo quería salir a la calle gritando: ¡Tulipán lo hace todo más apetitoso!

—No sé. No sé. Si empezamos así... Si no nos adaptamos a un orden...

—No, no. Si no se puede, pues no se puede. Pero ahora tengo un problema.

—Dígame usted.

—Con todo el respeto que me merecen las tres opciones que usted me ha dado, ninguna de ellas es la mía y quisiera pedir permiso para no decir viva a nadie y ni siquiera salir a la calle, mire usted lo que son las cosas.

—Concedido. En casa mejor que en ninguna parte.

—Y usted que lo diga. Y entre nosotros, ¿usted a quién le va a dar sus vivas?

—Entre nosotros, yo me quedaré en casita preparando el segundo plan de democratización para mil novecientos noventa.

Tras la protocolaria despedida, me he quedado al lado del teléfono un tanto aturrido. Mi cerebro no se movía, pero mis pies sí, y me he encontrado en el balcón, con los brazos en forma de uve y gritando, ante el asombro de medio centenar de transeúntes:

—¡Viva la madre que me parió! ■

SIXTO CAMARA